

No mates, no hurtas, no mentas, no prevariques, honra á tus padres, en suma, cumple la ley de Dios, amándole y sirviéndole.—*Moisés.*
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—*Marta.*
Conoce á tí mismo.—*Sócrates.*
Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—*Zoroastro.*
Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia en ellos que las virtudes que poseen.—*Platón.*
Amad los unos á los otros.—*Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.*—*Jesús.*
La piedad no consiste en volver el rostro hacia Levante ó al Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios elemento y misericordioso.—*Mohama.*

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

El paisano que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el moje que ora y ayuna.—*Lutero.*
Desde la India hasta la Francia el sol no ve mas que una familia inmensa que debia regirse por las leyes del amor. Mortales, todos sois hermanos.—*Vaive.*
Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio... Respétala como un fin.—*Kant.*
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—*Kant.*
Que la Verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos polvo los tronos, y se soteren bajo el fango los adoradores del vellucho de oro si se interponen en su camino. Paso, paso á la Verdad divina.—*El Espíritu del siglo.*

NÚM. 78

PRECIOS.— Madrid, trim., 2 pts. Provincias, idem, 25 id. Extranjero, año, 12 id. Ultramar, idem, 20 id.—Número suelto corriente, 10 céntos, de pla. Idem id. atrasado, 25 id. A los vendedores, 6 rs. la maza. El pago se hace por trimestres adelantados, en letras ó sellos.

La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares. No devuelve los manuscritos. No admite anuncios de pago. Administración: Libertad, 23, bajo izquierda, frente al teatro de la Alhambra.

MADRID
Domingo 17 de Agosto de 1884

Redactores: Ramon Chias, Demófilo.

A los correspondientes que envíen el importe por meses adelantados en letras ó sellos, se les serviran los pedidos que hagan, siempre que sean de 10 números en adelante, dándoles de ganancia cuatro céntimos en cada ejemplar. El precio en venta de cada número será de 10 céntimos.

AÑO II

SUSCRICION

A favor de las familias del comandante DON RAMON FERRANDEZ DE LA PLAZA y el capitán teniente DON MANUEL VILLAS, falleados en Gerona el día 28 de Junio.

(Continuacion.)

	Ptas.	Cts.
Suma anterior.....	1.137,	25
Doña Julia Hermovilla de Galvez Ca- hero.....	4,	50
D. Gasto Labandera.....	3	
D. Francisco de Castro.....	0,	50
D. Victorino Somoza.....	2,	50
D. Indalecio Martín Rivero, de Ollas (Toledo).....	2	
D. Isidoro Martín Rivero, de id.....	2	
D. Juan Antonio Santa O'alla.....	1	
Un republicano libre-pensador.....	1	
Ciencia G. I.....	1	
D. Platon Páramo.....	1	
D. Teodoro Sainz de Rueda.....	20	
Lógica Comunes n.º 289, Madrid.....	19	
D. Remigio Rodríguez.....	2	
Remitidas por el Correspondiente de San Clemente (Cuenca)		
El remitente.....	2	50
D. José Antonio Bustintuy.....	2	50
D. Santiago Villanueva.....	2,	50
D. Enrique B.asco.....	1	
D. Antonio Moreno Fernandez.....	2	
Un democrata.....	2	50
D. Rafael Jimenez.....	2	
Un republicano libre-pensador.....	0,	50
D. Antonio Villora.....	1	
D. Julián Moreno.....	1	
D. Miguel Preciado.....	2	
D. F. U. Peñaranda, libre-pensador.....	0,	50
D. Pedro Tévar Arcas.....	1	
Un democrata.....	0,	50
D. Francisco Graells.....	2	
D. Pascual Valero.....	0,	50
D. Mateo Medina.....	0,	25
D. Salvador Orozco Garcia.....	2	
D. Andrés Valero Alvareda.....	0,	50
Dos hermanas humanitarias.....	0,	50
D. Francisco Araque.....	0,	50
Un entusiasta de Castelar.....	1	
Un entusiasta de Pi y Margall.....	1	
D. Fermín Escrivano.....	1	
D. Acisclo Moya.....	2	
D. Manuel Castañes.....	2	
D. Manuel Carrasco.....	0,	50
Un estudiante que se queda sin fumar dos días.....	0,	25
D. Nicolás Ramos, de Vara de Rey.....	2,	50
D. Juan de Mata Saiz, de Honoribia.....	2	
D. Casimiro Garcia, de id.....	0,	50
D. Juan José Araque de id.....	0,	50
D. Pedro Ordoñez Mateo, de Cañada Juncosa.....	2	
Recaudado por J. de la F. Padilla, entre un grupo de amigos prof.º		
D. J. de la F. Padilla.....	1	
D. Genaro Hernandez Nuñez.....	1	
D. Miguel Rodriguez.....	2,	50
D. Pedro Reborido.....	1	
D. Manuel Amago.....	2	
D. Juan Gomez.....	1	
D. Agapito Asensio.....	1	
D. Antonio Menendez.....	1	
D. Antonio Rodriguez.....	1	
D. Ramon Rodriguez.....	1	
D. Juan Madrugal.....	1	
D. Gervasio Lizias.....	1	
D. Antonio Fernandez.....	1	
D. Abundio Jimenez.....	1	
D. Manuel Garcia.....	1	
D. Victoriano Dorado.....	1	
D. Ramon Suarez.....	1	
D. Juan Costales.....	1	
D. Hilario Carrasco.....	1	
D. Félix Coke.....	1	
D. Antonio.....	1	
D. Miguel Florez.....	1	
D. Antonio Teruel y Ortega.....	1	
D. Silvestre Conde.....	1	
D. Juan Rodriguez.....	0,	50
D. R. cardo Garcia.....	1	
D. Manuel Fernandez.....	1	
D. Innocencio Menendez.....	0,	50
D. Cayetano Linde.....	0,	50
D. Elias Perez.....	0,	50
D. Antonio Menendez.....	0,	25
D. Manuel Alonso.....	1	
D. José Garcia Fuentes.....	1	
D. Narciso Martinez.....	0,	50
D. Celestino Cabrero Sopuertas.....	1	
Suma y sigue.....	1.374,	00

Exhortacion

¿Crees que un espíritu puede convertirse en materia y engendrar carne? ¿Crees que una mujer puede concebir y no mancharse? ¿Crees que puede resucitar un muerto? ¿Crees que hay un lugar á tus pies llamado inferno, donde están ardiendo por eterno billones de cuatrillones de hombres?

Pues si no lo crees, porque lo conozco en tu cara, ¿por qué dices que eres católico, cuando el ser católico supone necesaria é imprescindible aceptar eso como inflexible credo? Anda, vete de mi vista, no hables de que eres republicano, no escarnezas la verdad. Métete entre las sayas de tu mujer ó bajo los manteos grasientos de un sacristán, y no te empeñes en hacer creer que eres un hijo de este gran siglo.

Si, los campos se van deslindando. No hay más que dos bandos, católicos y libre-pensadores. ¿Cuál es la obra de aquellos? La Edad Media. La Europa feudal; el siervo pegado á la gleba. El Papa sobre emperadores y reyes; los abades y los obispos repletos de riquezas; el villano degradado, envuelto en

miseria, hambre y guerras. Uno entre ciento en la cúspide, los noventa y nueve restantes hundidos en el abismo.

¿Cuál es la obra de estos? Los Estados Unidos. El sacerdote y el soldado convertidos en cero. El último ciudadano con derecho á ser presidente de la república. El obrero teniendo para sus hijos escuela gratuita; médico y medicinas por una cantidad exigua, merced á la cooperativa á que pertenece, viviendo en un hogar donde encontraré casi con seguridad el piano que aquí en la España católica no posee sino alguna familia de la clase media. Respetada la mujer, el esclavo hecho libre, el ciudadano convertido en magistrado por el ejercicio del sufragio.

Esto es, que la obra del catolicismo es la miseria más desastrosa del pueblo, y la obra del libre-pensamiento es su libertad y bienestar más grandes.

¿Puede dudar alguien de quién vencerá en la contienda empeñada entre ambos ideales? El catolicismo era dueño y señor de la Europa; sin embargo, se le ha visto ir perdiendo por instantes terreno en la historia. ¿Cómo, si fuera divino, si fuera siquiera racional hubiera acaecido eso? Ha ido cayendo por ser contrario á la divinidad, contrario á la razón. Creer que Dios pierde terreno, sólo lo pueden afirmar los imbéciles. No, Dios gana terreno todos los días y es prueba de ello que el catolicismo lo pierde.

Mas no hay que ser ilusos. Quien crea que es perder el tiempo combatir sin tregua ni descanso el catolicismo, no ve lo que es la historia, ni comprende la fuerza inmensa que cobran con el tiempo las instituciones. El fanatismo, la ignorancia, la debilidad, el interés egoísta, piedras angulares en que descansa la Iglesia católica, tienen aún, por desdicha, firme arraigo en el occidente de la vieja Europa. Ahí está la liberal Bélgica caída, por sorpresa, en manos del clericalismo; ahí está Italia alarmada ante los resultados de las elecciones últimas de Roma y estremecida por la voz de un retórico español que habla del restablecimiento del poder temporal, aquí está sobre todo España.

Nuestra tierra, en otros días sublevada contra los reyes que iban á deponer el cetro y la corona ante el extranjero Papa romano, parece ser hoy el campamento de las huestes negras. Se dice que han tenido una reunión los cabecillas carlistas, que hacen aprestos de armas y vestuario; los obispos dirigen rabiosas pastorales; el nuncio amenaza retirarse, se habla de matrimonios combinados por el Papa romano para enlazar toda la grey católica española bajo una sola bandera. Un hombre de los que se disfrazan con faldas negras, parece que es el que ha traído el santo y seña de Roma.

¿Qué saldrán vencidos otra vez si salen al campo? ¿Habrá quién pueda dudarlo? ¿Cuándo han arrastrado ni una sola compañía del ejército comun de la nación? Contad las frentes achatadas y las frentes levantadas que hay bajo nuestro cielo. ¿No existirán muchos millones más de las segundas? Pues es sabido: solo van á las filas de los carlistas las primeras. ¿Cómo han de ir los de frente elevada viendo á los obispos que los incitan á la guerra viviendo en palacios, asalariados por los liberales, mientras ellos yacen en la miseria? ¿Cómo ir, sabiendo que el generalísimo es un extranjero, el Papa romano, que envia aquí su legado para que trate á nuestros obispos y clérigos como ningún oficial trataría á sus soldados? Solo los fanatizados que tienen huero el seso, pueden consentir en ser explotados así por los dominadores eternos.

Pero no es cuestión de vencer, es cuestión de evitar á nuestra querida España los horrores de la guerra.

¿Cómo evitarlos? Por el camino que nosotros hemos emprendido. Los soldados del clericalismo son ciegos, pero sus jefes son astutos y perspicaces como el interés que los mueve. Cuando ven al enemigo poderoso, incontrastable, no hacen señal siquiera de resistencia. ¿A que no se mueven en los Estados Unidos?

Pues bien; unámonos estrechamente los amantes de la civilización; no desmayemos un solo momento, trabajemos con ardor. Ayer éramos 500, hoy somos 100.000, mafia-

na lo llenaremos todo. No es posible que dejen de vencerse por la razón nuestros conciudadanos. No es posible que dejen de ver que la causa de Roma es una causa muerta, y la nuestra una causa viva; aquella la del pasado, ésta la del porvenir, y al engrosar nuestras filas, nos mirarán con temor y cederán. Les impondremos la paz, con las pacíficas armas de la razón y el derecho. Su fuerza brutal huirá temerosa ante la imponente fuerza de una masa de hombres resueltos y convencidos.

La obra á que os excitamos es lenta, exige constancia, resolución y sacrificio; pero el premio es hermoso. Basta, es verdad, como premio á los actos la conciencia de que se cumple un deber. Poner la voluntad sobre los fines del espíritu y saturarse de ellos, es el mayor de los goces de un alma libre. Los que no tienen, empero, fuerza de espíritu bastante para detenerle en esa clase de goces y buscan resultados positivos, que piensen en que á ellos ha de ir anejo el que el obrero español pueda, como el norte-americano, caminar en coches de primera, tener una habitación confortable y asegurada la educación y el sustento de sus hijos con un porvenir indefinido, abierto á sus miradas. La piedad y la beneficencia harán entonces lo que no pueda hacer la razón luminosa.

Hombres de corazón puro, de desinterés, que tenéis un alma libre, que aborrecéis la farsa y la injusticia, que amáis á vuestra patria y á vuestros conciudadanos, combatid con denuedo y resolución al negro clericalismo, haced una religión santa y bendita, del libre-pensamiento.

DEMÓFILO

LA PESCA

(Continuacion)

¡Empeño inútil el de estos desdichados!

Los remolinos de espumas, que al voltear la ola se formaron, deshaciéndose en cien opuestas direcciones, se asaltaban y entrechocaban furiosos, corriendo sobre un lecho de agua jabonosa; y en aquella vorágine pronto desaparecieron para siempre los tres cadavéricos rostros de los pescadores que nadaban, fúnebre vision de un instante, que llevó al límite de lo humano el terror de los todavía vivos en la barca.

Esta, ¿por qué milagro de mecánica flotaba? ¿por qué, en vez de hacerse pedazos, al rudísimo choque de las hirvientes cascadas de la rompiente, quedó por un minuto en suave balanceo, en la línea misma de la ola deshecha y de otra que desde esta misma línea comenzó á formarse, como si fuera una súbita hinchazón de aquel mar calenturiento?

Nadie podría explicarlo. Mas el caso fué que la trainera, que con la ola que tragó tan buena parte de su preciosa carga humana habia caminado un largo trecho, fué de nuevo arrastrada por la ola subsiguiente y sobre su corvo lomo avanzó hácia tierra. En el brevisimo tiempo que este nuevo empujon del mar lo tuvo en lo alto, tendieron los infortunados naufragos sus desesperadas miradas hácia la costa, y rápida como un relámpago animó su pecho una esperanza, al verse á pocas brazas de las peñas de San Pedro.

La proximidad de la tierra, en tan horrorosa situación, ejerce un deslumbramiento, aun sobre el más experimentado marinero. Sabe que la tierra es el naufragio, el choque, la muerte, y se imagina que es la vida, la salvación, la salud. Y el tío Antonio, así como los dos pescadores que con él, además de Carlos y Vitor, habian sorteado el golpe de mar en que sus compañeros habian perecido, se dispusieron á lanzarse á la ola, cuando esta rompiese, seguros de que los milagros no se repiten, y que en la nueva caída la trainera se haria pedazos ó voltearía.

Carlos, teniendo á Vitor agarrado á su cuello con la fuerza de la desesperación suprema, seguía con las manos clavadas, una en la borda de estribor, y otra en el banco. Su mirada, fija en los cantiles de la costa, demostraba angustia indecible. Parecía como si en aquel instante definitivo e- perase ver aparecer algo en aquella oscura línea de peñascos, en que el huracán desatado estre- llaba olas que se erguían furiosas y lanza-

ban al cielo tenebrosos surtidores de blanquísimas espumas.

Y la ola rodaba, arrastrando en su carrera desesperada la barca, y el viento se precipitaba en una racha de fuerza incontrastable, y la nube hecha girones se aplanaba sobre el mar, y.... Llegado que hubo la trainera á la cúspide del monstruo que la arrastraba, se precipitó con él en atronadora catarata.

El tío Antonio y los dos marineros se dejaron arrancar de la barca, y por un minuto, apretada la boca, cerrados los ojos, hecho el cuerpo un ovillo, la propia ola los llevó consigo.

¿Qué fué de ellos?—Solo el viejo patron logró conservar el sentido en medio del amasaje furibundo de las rompientes. Sacó la cabeza, giró la espantada vista y se halló tan lejos de tierra para sus estenuadas fuerzas, y en medio de tan revuelto oleaje, que la angustia paralizó sus movimientos y se hundió en el abismo. Lo último que vieron sus ojos, de una manera vaga y como á través de un velo, fué su trainera que flotaba, quilla arriba, á una docena de brazas.

¿Y Carlos?—Agarrado al banco y á la borda de la barca, rodó y volteó con esta. Sintió como si un monte de espumas cayese sobre él, pero el instinto le prestó fuerzas, así como el terror se las daba á Vitor. Tras un minuto de inmersión y traqueteo, la trainera volvió á la superficie, y Carlos, siempre con Vitor al cuello, haciendo un esfuerzo sobrehumano, gateó hasta asir el hierro del timón. Entonces sacó la cabeza.

¡Momento horrible!—La barca, quilla arriba, á caballo sobre las espumas de la rompiente, estaba á doscientas brazas de las peñas de San Pedro, donde no aparecía alma viviente. Alrededor de la trainera saltaban las aguas: un golpe cualquiera podia aplastarle contra su propia barca. Vitor, por añadidura, le apretaba hasta ponerle á punto de asfixia. ¿Qué hacer en aquella soledad espantosa?

¿Dejarse morir? ¡Ahí no. Carlos amaba demasiado para no disputar la vida á la infame muerte, que tan á traición y por sorpresa le acorralaba. Lo primero era desprenderse de Vitor, y haciendo un esfuerzo titánico, cogió una mano al niño, la apartó de su cuello con violencia, y exclamó con energía:

—¡Subete! ¡Subete!

Y empujando á la desconcertada y rígida criatura, le alzó sobre la quilla, donde Vitor se agarró con ambas manos, como si fueran dos tenazas. Despues, aferrado con las suyas al hierro del timón, que se habia desprendido, Carlos respiró un momento.

El que entonces, acurrucado entre dos peñascos de la costa, guarecido del huracán, que de otra suerte le estrellara contra las rocas, hubiera, con un buen autojeo, mirado aquella escena, aun siendo un monstruo, se hubiera movido á piedad.

Media hora, no menos de media hora, habria visto sobre la quilla de la trainera al desventurado Vitor, cuan largo era, boca abajo pegado á las tablas, asido con sus amoratadas manos al resalto de la barca; y sobre la miserable criatura hubiera visto lanzarse furiosas las espumosas rompientes, como si fueran los brazos iracundos del abismo que surgian para llevarse á sus antros. Y tal vez, dilatado en el huracán, hubiera percibido algo parecido al fúnebre pjar de la gaviota cuando huye la tempestat, y que decía:

—¡Ay mi madre! ¡Ay mi madre!

Y hubiera visto á Carlos, como si fuera la cola de la trainera, removerse en imposible combate para librar la cabeza de un golpe contra la barca. En aquella voragine su cabeza parecia un punto negro. En que brillaba una luz blanca, la luz de su espantada mirada, dirigida á tierra en súplica de socorro, y hubiera recogido en los pliegues del viento una voz, cada vez más ronca, cada vez más débil, voz que clamaba en aquel desierto:

—¡Josefa! ¡Miguelito!

Mas quizá no habia nadie en toda la pelada costa, barrida y golpeada por el viento y la ola de la galerna. Y si habia alguien, puesto que aquella escena va siendo fiel y detenidamente narrada, ¿qué podia hacer aquel alguien? Deshacerse en lágrimas tan piadosas como inútiles, sentir los nobles impulsos de

una tan ardiente cuanto estéril caridad, angustiar su corazón en arranques tan filantrópicos como ineficaces, y retorcerse, al fin, en la rabia de la impotencia, prometiéndose hacer un llamamiento á la humanidad, como lo hace, en demanda de prevision que haga eficaz la caridad que alardea.

A pesar de ser la galerna lo súbito, quizá una titilación del barómetro la denuncia, probablemente el domado rayo, adelantándose á ella por el fondo del mar, avisa su llegada. Y siendo, como es, lo incontrastable, ¡vedlo! dos seres humanos, Carlos y Vitor, sobre el despojo de su barca, se debatan contra ella. Con medios ¡qué fácil salvarlos!—Sin medios ¡hay que verlos morir!

¡Ahí están! En la media hora que llevan, uno sobre el dorso de la trainera, el otro agarrado al timón, sus gritos se han ido haciendo más débiles, sus movimientos menos enérgicos. Carlos, extrañando la inmovilidad de la barca, aun tuvo discurso para explicársela, por la caída del arpeo, que al voltear se habia ido al fondo, y quizá habria hincado el férreo diente en la roca. Trató de pasar á proa y cortar la cuerda, pero al echar mano á la facha, recordó haberla dejado como juguete á Miguelito. Aquel punzante recuerdo, aquel casual desarme, que tal vez contribuyera á su muerte (pues la barca libre se hubiese acercado más á la costa), le hizo abandonar definitivamente á su fatal destino. El frio del agua fué penetrando sus carnes poco á poco y paralizando la circulación de su sangre. El niño al aire y el pecador en el agua fueron lentamente perdiendo la conciencia de su propio ser, al perder el calor, y con el calor, la vida. Ambos, con la mirada fija en la tierra desierta, quedaron muertos sin agitacion alguna que lo indicasen, agarrados, uno á la quilla y otro al timón, y, cuando poco despues, una ola rodó sobre la barca, arrastró consigo dos cadáveres. ¡Los presentimientos de Vitor se habian realizado!

Un clamor horrible se alzó en los barrios marinos de la ciudad á los primeros resoplidos del súbito huracán que hemos visto voltear la barca del tío Antonio. Al romper estrepitoso de los cristales, al caer de las tejas, al derrumbarse de paredes y chimeneas, hombres, mujeres y niños de familias marineras lanzáronse, dando alaridos, á la calle y corrieron desalados al Sardinero y otras partes de la costa, presintiendo una catástrofe espantosa.

Renunciemos á describir las horrosas escenas que tuvieron lugar, segun se fué averiguando lo sucedido, la lenta agonía de Josefa, Miguelito y la señora Francisca, y la brutal indiferencia con que recibió el tabernero la noticia de la muerte de su hijastro. El ramalazo habia caído sobre una gran extension de la costa, y hasta despues de muchos días no se supo toda la magnitud del daño. La nacion en masa acudió en socorro de aquella inmensa desgracia, mostrando su noble y generoso corazón. Mas esto no basta. Precisa que la caridad sea inteligente: precisa que se preparen medios de salvamento. El pueblo viril y honrado de los pescadores, que alimenta la marina y es uno de los más importantes factores de la riqueza social, es digno y merecedor de que se vele por su seguridad. Muchas preciosas vidas se pierden que pudieran ser salvadas. ¡Sábelo ¡oh España!; que tu generoso corazón y tu inteligencia clarísima te inspiren los medios de cumplir con tus deberes para con los pescadores de tus dilatadas costas.

RAMON CHIAS.

La pista del capelo

Aventuras de un sucesor de los Apóstoles (I)

(Continuacion)

CAPITULO II

EN CASA DEL CURA

(Continuacion)

MAÑANA XXIII, 1 y 12.

Sobre la catedral de Moisés se sentaron los obreros y fariseos, basó lo que se digna: pero no basta según las obras de ellos porque dicen y no hacen.

El que quiera conocer el verdadero nivel en que se encuentra la religion entre nosotros que visite y examine atentamente los templos; todo en ellos es objeto de provechoso estudio.

(1) Véase los números 75, 76 y 77.

al cabo del cual se puede afirmar sin miedo á error que el pueblo español no es apenas cristiano y vive sumido en la irreligion y la barbarie.

La iglesia parroquial de Villaqueta es un templo gótico de tres naves, en que luce el más correcto estilo del siglo XV, altas bóvedas sostenidas por delgadas bases, arcos apuntados de extrema elegancia, un abside notable por su elevación y lo rasgado de sus ventanales, ornados con los más caprichosos calados en piedra, que debieron sostener en otro tiempo magníficas vidrieras de colores y hoy apenas puedan defenderse contra el viento y el agua que penetra, deteriorando el hermoso retablo y tabernáculo del renacimiento que ocupa el centro.

Hermosa fábrica en verdad, pero ¿en qué estado! Las bóvedas agrietadas y llenas de manchas que producen las goteras, rotos los vidrios que caen al soplo del viento, dejando en cada ventana el esqueleto de plomo que los sostuvo, los capiteles rotos, las estátuas mutiladas, destrozado el pavimento. Pero al grandes destrozos hizo la mano del tiempo, mayores los ha hecho la del hombre, ó la piedad de los fieles, como dice la Iglesia, piedad grotesca que ha llenado los altares de coligaduras chillonas, Virgenes y santos vestidos sacrilegamente, flores de trapo y votos de cera. Los retablos churrigueros, en que campea la columna salomónica rodeada de uvas, las mesas de los altares, los bancos y los confesionarios todo está desvendado ó lleno de remiendos de madera más nueva. Aquí un altar de estilo indefinible, pintado con esos chefarrinones que hemos convenido en aceptar como imitación del mármol, más allá un gran dosel de percalina clavado en la pared cubriendo un crucifijo de esos de raza mogola, amarillos y de formas angulosas, mugrientos los pies y desgastadas las rodillas por los besos de quince generaciones de beatas. En el coro las sillas destrozadas, el órgano enseñando sus tubos doblados, como cansados ya de tenerse, y los tomos de la magnífica librería, obra notable de caligrafía, en pergamino, yacen esparcidos por el suelo sin baldosas.

Si penetramos en la sacristía el mismo espectáculo, bancos y cajoneras desvencijadas, altos sillones de nogal con el cuero desgarrado, antiguas cornucopias cuyos empañados cristales están en pedruzcos. En las paredes cuadros antiquísimos sin marco muchos de ellos, perchas de madera blanca sosteniendo las sotanas del sacristán y monaguillos y algunos bonetes viejos.

La cruz y los ciriales arrimados á la pared, un incensario colgado de un clavo y la calderilla del aspergilio á sus pies en el suelo haciendo compañía á un hornillo ó chufieta de hierro y á un antiguo cántaro de cobre.

La ruina material es signo de ruina y descomposición moral. Volvamos al no á la iglesia y observemos que estando dedicada á San Pablo el gran Apóstol, á quien debe el cristianismo los rápidos progresos que hizo entre las gentes. Su estatua una magnífica escultura del renacimiento, está en la hornacina central cubierta de polvo, sin que un adorno, un cirio ó una lámpara den señales de que alguien se acuerda del padre de los teólogos. Las imágenes de San Agustín y el Crisóstomo colocadas en ambos lados del retablo, y más abajo las del Evangelista San Juan el escritor apocalíptico de Patmos y de San Pedro el primer papa, arrostran hace siglos la indiferencia de los piadosos habitantes del lugar.

Mientras que un San Antonio amazacotado y grotesco es objeto de la veneración universal en su establo dorado lleno de cirios, lámparas y ofrendas, las mujeres se disputan el honor de bordar el paño con que el Santo coje al niño como si temiera mancharse ó mancharle con su contacto, y de llenar de lazos la sabanilla del altar.

En frente de él una capilla del Bautista, el hombre más grande entre los nacidos según Jeacristo, sirve para lo que en el caño clerical se llama capilla trastera, donde se guardan tómulos blancos y blandones viejos.

No hay pues en el cielo quien compita con San Antonio, sino la virgen, el verdadero Dios de los católicos modernos. En esta iglesia hay muchas y buenas imágenes de María, pero el pueblo, despreciando las obras de arte, adora hasta la idolatría una figura tosca y negra de exigido tamaño, á la que viste de la manera más extraña que puede imaginarse el mas corrupto gusto. Una capilla grande y suntuosa, aunque horriblemente profanada por el blanqueo y las mas chillonas pinturas, es el santuario de Nuestra Señora del Tomillar, aparecida á un pastor en unas plantas de tomillar fuera del pueblo. En esta capilla es inmenso el número de cuadros representando milagros, colgados en muletas, trenzas de pelo, pequeños ándes, piernas y brazos de cera. En otro tiempo esta capilla era vigilada por multitud de peregrinos atraídos por la fama de los milagros que hacia la imagen. Hoy ha decaído mucho el culto porque han disminuido los milagros, pero todavía el negro fetiche cuenta con la adoración del pueblo: bien puede blasfemar de Dios y maldecirle, puede hacer lo mismo con su madre, pero si toca á la Virgen del tomillar ciudad que nadie os oiga.

Contigua á la iglesia está la casa rectoral vieja y también ruinosa, mal cuidada como hacienda de menores, que nadie mira como propia. Nada ofrece de particular; penetremos en ella, pues dentro sucede algo que nos interesa. En una sala baja, cuadrilonga, con una reja que da á la calle, se encuentra el hombre de Dios y su familia.

D. Blas Soto, cura ecónomo (los párrocos

han pasado ya de moda en el obispado) es hombre de unos 44 años, alto, seco y amojamado; su cara es vulgar, como de hombre salido de entre la clase menos acomodada. Viste ahora chaqueta corta y pantalones, ambos de color negro verdoso y de tela lustrosa que antes sirvió para sotanas ó manteos. Está de pié y recostado en una mesa antiquísima de nogal, cubierta con tapete verde de bayeta, sobre el que hay una escribanía de bronce, una gran carpeta y algunos libros; á un lado se ve un pequeño crucifijo de madera. Detrás de la mesa el sillón de ancho respaldo y largos brazos, lustrosos por el roce continuo, y enfrente el tradicional armario con puertas alabradas y vidrios verdes, que ocultan la librería del reverendo.

En este instante reza con monótona entonación en su breviario de voluminoso tamaño, paseando por la sala, mirando á los cuadros de la pared, recostándose á veces en la mesa ó arrojándose para ver mejor á la ventana; alguna vez interrumpe el rezo para preguntar algo á su ama, una rolliza mujer algo más joven que él, gruesa y bien anadada, una de esas mujeres de pueblo ni buenas ni malas, que pasan por buenas mozas, más por su tamaño que por la hermosura de sus caras vulgares, que nada dicen al corazón ó á la inteligencia si algo piden á los sentidos.

La buena del ama contesta brevemente á las preguntas del cura y sigue cosiendo sentada junto á la ventana observatorio, desde el cual ve la plaza y dos calles que desembocan en ella; es, como dice el clérigo, un coche parado, allí nada se escapa.

De cuando en cuando una vieja criada entra y pregunta alguna cosa ó es llamada para recibir una orden. Un gato enorme y de piel lustrosa está sentado sobre sus patas traeras en una silla y sigue con la vista los paseos del reverendo que de vez en cuando lo acaricia pasándole la mano, pues el oficio divino todo eso y más permite por lo visto.

De pronto suena un aldabonazo en la puerta exterior y la voz de un muchacho que grita:

—Abra V., ña Agua.

—Esta se asoma á la reja y

—Todavía es temprano, dice al chico, D. Blas no irá á la iglesia hasta las nueve.

—Es que tengo que decir á V. una cosa, sobre aquello que me encargó.

Entonces el ama salió volviendo acompañada de Tomasín, el monaguillo más travieso que vistió sotana en el pueblo. Ahora venia en mangas de camisa, con un pantalon corto, sucio y lleno de remiendos, atado á la cintura con una cuerda, unas algaratas destrozadas completaban su misero traje.

—¿Has almorzado? le preguntó el cura.

—No, señor, aunque no me falta gana, pero...

—Bien, hombre, ahora tomarás algo. Veámos lo que traes.

Cura y ama esperaron con cierta ansiedad á que el muchacho comenzara su relato.

Ya sabe V. que después de estar algunos días yendo y viniendo tras de los forasteros, no le pude oír una palabra. Me he cansado en seguirlos por el campo y por el monte, viéndolos siempre cazar ó sentarse á la sombra y sacar un periódico para leerle, hablar bajo y por fin volverse al pueblo el uno tras del otro.

—Si te hubieras acercado más, hubieras oído algo.

—Ya lo hice una vez, pero el más seco, el que parece criado, calló de pronto y me echó unos ojos.... yo me escurrí, y cada vez que volvia la cabeza lo veía siguiéndome con la vista y tuve miedo. ¡Vaya! con una cara que tiene el hombre de malas pulgas....

—Adelante, dijo el amo secamente.

—Allí voy. Esta mañana salí yo de casa, cuando los veo con sus escopetas al hombro, y las manos vacías; volvían al pueblo sin un mal gorrión, pero no volvían solos, los acompañaba el cura renegado.

—¿Ese hombre?

—Ese, con su escopeta al hombro también; venían hablando y manoteando, cada uno con un gran puro en la boca.

—¿Pudiste oír si disputaban?

—No oí nada, pero los seguí con la vista, hasta que los vi meterse en casa del renegado, haciéndose muchos cumplimientos como si fueran amigos.

CONSTANCIÓ MIRALTA.
Presbítero.

(Continuará)

El primer microbio

(Continuación)

—He sido muchas cosas, sin duda—prosiguió diciéndome el gitano.—pero mi memoria no alcanza sino á cuando fui cómico. Nacido en la India, allí todos transmigramos, pasando de unos á otros cuerpos, de unas á otras formas. Lo esencial de nuestra naturaleza no cambia empero; llevamos todos los seres una primer molécula, desde la cual vamos desenvolviéndonos de dentro á fuera, como nace de la semilla la planta. La naturaleza de esa molécula imprime carácter á todo nuestro ser: hombre, chacal, gusano ó elefante, el que, por ejemplo, tiene su molécula inicial irritable, es elefante, gusano, chacal ó hombre irritable.

—Mi primer molécula es de naturaleza tímida. Hazte cargo de lo que podría ser yo en mi oficio de caracal de cómico. Es imposible que pueda expresarte los dolores que padecí. No hay vaina bastante grande que pueda contener los sudores que he derramado en las tablas. Fui el más miserable y torpe de los histriones.

El público se indignaba contra mí, me silbaba, pateaba, me arrojaba los asientos.

Yo no era, empero, culpable. Se me había impuesto aquel oficio por mi casta y por mis padres. Me era imposible dedicarme á otra cosa.

El sentimiento de la injusticia cometida por la sociedad conmigo, que después de imponerme una condicion me hacia responsable de su propia obra, me heria profundamente. El odio de los demás hacia mí, engendraba á su vez en mí odio hacia ellos. Con el tiempo llegué á ser un depósito de cólera.

Cierta día, representando ante un chattria poderoso, el mismo deseo de agraderle turbóme; el público se puso fuera de sí; yo, ciego de ira, hice una demostración indecorosa, por lo cual el chattria mandó apear con tanta crueldad, que arrojé el último aliento entre los dolores más horribles.

Pero mientras me revolvía en la agonía pedí venganza á Brahma con tanto fervor, que El me oyó.

No supe entonces mi trasformación; pero la he sabido más tarde: transmigré á un seno régio.

Fui príncipe real, después emperador de un Estado inmenso.

Así sabía yo de gobernar como de representar comedias. Tímido, débil, ignorante en absoluto de lo que sea el arte de regir á los hombres, me eché en brazos del primero que quiso dominarme. Fué este un brahman intrigante y malvado que conocí al punto la indole de mi naturaleza, y se propuso ser el emperador real y verdadero, haciéndome su instrumento. Mi padre, bonachon, pero estúpido é inepto, tenia abandonado el gobierno á mi madre, verdadera arpia sin entrañas, que despreciaba á mi padre y á mí me odiaba. Un día apareció extrangulado en su lecho el que yo llamaba autor de mis días. El público murmuró de mi madre y de mi preceptor el brahman, que mantenía con ella relaciones demasiado íntimas.

Por estos trámites ascendí á ocupar mi puesto de emperador. Mi debilidad ingénita me constituía en impotencia absoluta de ejercer el gobierno. El brahman, con la cuadrilla de malvados de que se había rodeado, tan infames como él, saqueaban el país. Era preciso, para reprimir las sublevaciones de las provincias, enviar á ellas ejércitos que las asolaban. Los cadalsos estaban siempre levantados. Mi madre misma murió asesinada secretamente por su antiguo amante que temió le delatara.

Yo, el poderoso emperador, yacía entre tanto en la más miserable esclavitud. Cierta día que estuve cazando en una de mis posesiones de recreo encontré una mujer de simpár hermosura; su aliento era perfumado como el sándalo, sus ojos brillaban como estrellas. Le dirigí la palabra, y al contestarme, era tan angelical el eco de su voz, que parecióme oír la de una bayadera celeste. Aquella hermosa niña era hija de un rico vasia que tenia cierto empleo lucrativo en mi intendencia.

Iba yo á la sazón solo, y me di trazas para que la joven no conociera mi estirpe. Prendíase ella de amores por mí, y burlando yo la vigilancia de cuantos me rodeaban, conseguí visitar á solas por espacio de un año á la amada de mi corazón. En bailes régios, en fiestas, en paseos, en audiencias, habia visto mujeres hermosísimas, que á mi paso me dirigian miradas apasionadas. Mi corazon habia quedado indiferente á ellas. ¡Era el brillo de mi corona y no mis prendas personales, me decía á mí mismo, lo que motivaba aquellas miradas! Mi vida artificial me volvía impotente para distinguir la verdad del error. Por esto el amor de aquella niña, tan puro, tan verdadero, llenaba mi alma de una felicidad indecible. Era la primera vez que vivia realmente, la primera que entraba en relaciones con un ser humano que se manifestaba á mis ojos con su verdadera naturaleza.

A pesar de ser tan secretas nuestras entrevistas, eran tan puras como las estrellas que nos contemplaban desde aquel cielo radiante de azul. Con las manos suyas entre las mías pasábamos horas y horas prometiéndonos un amor eterno, no dudando que por nuestra sumision al deber nos esperaba allí en las cimas del Himalaya, que se destacaba sobre nuestras cabezas como inmensa mole, una vida eterna de dichas, después de haber pasado otra no menos dichosa en esta tierra entre nuestra prole una vez que se consumara nuestra union.

La debilidad de mi carácter me impedía entre tanto tomar resolución alguna. ¿Cómo hablar del asunto á mi preceptor? Presentaría yo, aunque no tuviera conciencia de ello, porque ya dejó dicho que no entendía una palabra de gobierno, que habrían de oponérseme dificultades para consumar el enlace con mi amada.

Resolvíme al fin. Nunca lo hubiera hecho; aquel infame, el más vil de todos los hombres, después de manifestarme la imposibilidad de mi matrimonio público con mujer que no fuera de mi rango, prometiéndome que todo se arreglaría con un casamiento secreto, de cuyo negocio se encargaría él. Yo le di las gracias con efusion, le abracé; firmé en albricias quinientas y tantas sentencias de muerte y diez mil de confiscación de bienes que me habia presentado hacia días, y que habia tenido repugnancia en sancionar porque ya estaba cansado de tanta matanza y saqueo.

A los dos días se me presentó diciendo que todo estaba arreglado. Habia ido él en persona á hablar con mi amada para participarle quien era y quedar con ella en que á cierta hora de la noche acudiríamos á un lugar retirado, donde se consumara nuestra union secreta.

La cita era á las doce de la noche. Yo habia entregado una carta al brahman dirigida á mi amada, diciéndola que podia confiarse por com-

pleto á él y venir al lugar que le indicaba, donde yo la estaria esperando.

No te podré pintar con colores que tengan punto de semejanza con la realidad, las angustias que pasé aquella noche infernal. Nubes sombrías cruzaban amontonadas el firmamento; ni una sola estrella dejaba ver su luz; á mi paso solia sentir salir de entre la maleza, rasteándose, serpientes enormes; el aullido del chacal resonaba lejos; las aguas del divino Ganges, que se hallaba próximo, dejaban oír un ruido semejante al de las olas del mar al golpear bramando sobre las peñas; el trueno anunciaba la proximidad de la tormenta, y de cuando en cuando la luz fúbrica del relámpago deslumbraba mi vista al hendir aquel pléjago de sombras.

El pavor, el miedo, el espanto, la ansiedad, la esperanza, tenían mi alma convertida en mar proceloso, cuando llegó la media noche. Los minutos comenzaron á ser para mí eternidades. Escuchaba con atención, sin percibir ruido alguno que anunciara la proximidad de planta humana. Pasó el primer cuarto de hora de espera; pasó el segundo; pasó el tercero: mi amada no llegaba. Mi ansiedad no tenia límites. Pegaba al suelo los oídos, me ponía de puntillas y alargaba el cuello para escuchar mejor en cuanto el más leve movimiento de la naturaleza me daba ocasion á creer que alguien se acercaba.

En tal situación pasé tres horas de horrible insomnio y martirio. En esto la tormenta habia avanzado, y comenzó á desatarse con furiosa rabia; y una lluvia torrencial comenzó á caer sobre los campos; todas las cataratas del cielo se habian abierto; los relámpagos se cruzaban; fuego parecia descender del firmamento y la seiva en que me encontraba semejava estar toda envuelta en llamas.

Yo, desesperado, sin tener fuerzas para aguardar más, me eché á correr dando gritos en direccion del camino que debia traer mi amada. ¡Cuán no es el poder del amor!

Ninguna fiera se hubiera atrevido á salir de su guarida en aquel instante; yo, calado hasta los huesos, unas veces cegado por la luz de los relámpagos, otras envuelto en impenetrables sombras, corría desalentado á través de la selva espesa, sin preocuparme de cuanto me rodeaba. ¡Cuántas veces tuve que detener el paso interrumpido por el rayo caído á mis pies; cuántas otras el retembalar de la tierra por el ruido espantoso del trueno me hizo caer al suelo aturdido!

Al fin llegué á cierto lugar de la selva en que se formaba una plazoleta de árboles. ¡Qué espectáculo ofrecíase allí á mi atónita vista!

(Seguirá)

Los cementerios

Es el asunto del día. En esta tierra de los viceversas y de Cánovas, del perro Peco y Lollita, los liberales pasan el tiempo de su gobierno aplazándose.

Esto, que parece un fenómeno, es la cosa más natural; aquellos son de casa, estos saben que se los llama por el buen parecer, quiero decir, de mala garza; se desconfía de ellos y, conociendo los infelices á su amo, están atentos á la punta de su bota, diciendo como el gallego del cuento: «apenas si me llamo liberal.»

La cosa es grave: un Ministro conservador lanzando el reto al prepotente ultramontanismo, para hacerle pasar por las horcas; Pidal y el Cardenal Moreno abandonando á escape el regalado retiro, conferencias y cabildos, idas y venidas, grandes influencias de todo género que se cruzan.... no pasaría menos si de pronto se supiera entre los animales que el Criador habia determinado que ya no fuesen los cuervos, sino los raposos, los encargados de comerse los cadáveres.

La opinion en tanto, á pesar de cuanto se hace por extraviala, se muestra propicia á la reforma; lo malo es que esta será, al menos por ahora, completamente estéril; seria la primera vez que los conservadores hicieran algo provechoso. Digamos pues la verdad sobre el estado de la cuestion, dejando que unos ensalcen á Romero Robledo como á un bienhechor de la humanidad, mientras otros lo maldicen como á un réprobo.

La iglesia venia explotando los restos de la muerte como ella sabe hacerlo. Un día ciertos devotos, no se sabe si indignados ante el espectáculo repugnante del cementerio eclesiástico ó ganosos de hacerle competencia en el negocio, determinaron asociarse ante el Sacramento del Altar, para darle culto en vida y prepararse honrosa morada después de la muerte. Con el tiempo el culto fué lo de ménos, el pretexto, y el negocio lo más; la sacramento fué una empresa. Así lo confesaron sin rodeos los dignísimos individuos de la junta directiva de la Sacramental de San Martín cuando dijeron: *el méritum de culto posible, el campo santo es lo que importa.*

¡Y vaya si importaba! La finca más productora de Madrid no rinde la cuarta parte en igualdad de terreno que una sacramental. Cuando la iglesia volvió en sí, era ya tarde; no ya las sacramentales, hasta las nuevas empresas funerarias le causaban perjuicios considerables. De nada habia servido exigir á las sacramentales que pagasen por cada muerto los derechos como si ocupara lugar en el cementerio ordinario. Con gran pesar decian los curas encopetados: «estas empresas pudieran haberlas fundado nosotros y otro gallo nos cantara!» Consecuencias de poner en los más altos puestos á las más sublimes nulidades; castigo merecido á la rutina.

Así las cosas resonó de pronto una palabra fatídica, eco del infierno, transmitido por la trompeta liberal: ¡LA NECRÓPOLIS! El espíritu del chanchullo sopió entonces sobre las inteligencias municipales; los hombres del adquinado y del matadero vislumbraron un negocio redondo, la iglesia tuvo aún fuerza para aprestarse á la lucha. Las sacramentales por su parte no se descuidaron.

En una época de reacción no era dudoso el éxito. El municipio, la diputación, las cámaras y el Gobierno mismo, tenían en su seno mayoresdomos de las sacramentales y amigos de los curas, casi en igual número que consejeros de ferro-carriles. Los gobiernos liberales daban á su entrada en el mando las más completas seguridades al Nuncio y al Cardenal de que no se tocaría al asunto de la necrópolis ni al matrimonio civil.

Las reales órdenes eran letra muerta. ¿Quién no sabe que, á pesar de estar prohibido entrar en los cementerios sacramentales otros cadáveres que los de hermanos inscritos antes de las nuevas disposiciones, se enterraba á todo el mundo, á ciencia y paciencia de los caladores, mal pagados por el Ayuntamiento y bien mimados por las empresas de carne muerta? No me dejará mentir la ya citada sacramental de San Martín, que contraviniendo escandalosamente todo lo dispuesto, ha construido un patio nuevo lleno de nichos: lo mismo ha hecho la de San Justo y alguna otra.

Esto se explica por la seguridad con que estas gentes creían que, mientras la Restauración lastsense, el expediente de la Necrópolis dormiria bajo la garantía de Roma, la influencia irresistible de las altas damas palaciegas y el poder incontrastable del dinero.

Pero ¡oh, inestabilidad de las cosas humanas! La voz de 500 000 almas, envenenadas por emanaciones insalubres, los intereses de la humanidad y del progreso, el ejemplo de los países civilizados, la gritería de la prensa, todo habia sido inútil; era preciso el miedo de Romero Robledo á las epidemias y su deseo de humillar á Pidal, tomando revancha de sus recientes triunfos, para que el asendereado asunto mortuorio volviera á ser de actualidad. El que piense de otro modo no conoce á los conservadores.

El cementerio eclesiástico era en Madrid, como es casi en todas partes, una vergüenza y una ignominia. La Iglesia no hace acatamiento á más dignidad humana que á la del dinero. La Vicaría y la Visita eclesiástica de Madrid hacían enterrar al pobre poor que á un perro: sin caja, envuelto en un harapo, conducido en hedionda angarilla, era hacinado y triturado en el *hoyo grande*. Ningun sacerdote recibía el cadáver ni pronunciaba oraciones sobre su tumba, aunque hay un capellan en cada cementerio. La grosería de los sepulcros impedia con mano alzada esas delicadezas sentimentales de los que han perdido un ser amado. Aquello era horroroso y sacrilego, sublevaba la sangre, sobre todo, si se comparaba con las complacencias que se tenían por tarifa con los ricos. ¡Cuántas veces el cadáver de un antiguo bienhechor de la Iglesia, acaso empobrecido por su causa, ha sido inhumado en la fosa comun, por el delito de haber muerto pobre, imitando á Cristo, mientras el usurero enriquecido, quizá con los bienes del clero, ha sido acompañado por éste y enterrado con gran pompa!

Pero lo verdaderamente odioso, por la burla sarcástica que encierra, es que, no habiendo más cementerios que los de la Iglesia, esta no se creia obligada á enterrar al pobre, ni siquiera en la fosa comun; pues que á este ignominioso sepulcro le llama *sepultura de misericordia*!!

Y la higiene era completamente desconocida, la suciedad y el descaño se notaban y se notarán siempre en estos lugares, á pesar de los precios exorbitantes que en ellos tiene señalados hasta la expresion del dolor. Ni una palabra que no sea la fecha del fallecimiento se permitia escribir en las lápidas sin pagar nuevo tributo y sin pasar por la censura.

Todas estas monstruosidades y otras muchas que callo, nada importaban á nuestros gobernantes, Romero inclusive, y créalo el lector, no han concluido con la reciente disposición. ¡Lucidos van á quedar los que han prodigado sus elogios al ministro!

Si, lo que no es probable, el municipio llega á monopolizar la muerte, ¡qué de abusos, vejaciones y escalafones! ¡qué lujo de arbitrariedades, dilaciones, genialidades autoritarias y prohibiciones ridículas! ¡Cuántos descuidos en el servicio! Ya lo he dicho otra vez: los Elorza harán buenos á los Pando y Moreno. Aquí el Estado es el enemigo del particular.

Si, como espero, vence la Iglesia, inútil es decir lo que ha de hacer. Y vencerá, es seguro. En estos momentos un ejército de ultramontanos de toda especie trabaja sin descanso, guiado por Roma. El Nuncio amenaza con la retirada, los carlistas de Cataluña se reúnen para transmitirse la consigna del Papa, el cardenal, lejos de estar sometido, como afirman los ministeriales, acouta sus exigencias si ha de bendecir el terreno. Las sacramentales piden sencillamente que se les permit: enterrar á los que ya tenían derecho adquirido, esto es, volver á las andadas. El cardenal, después de haberse avisado con los párrocos, pide nada menos que tomar posesion de la Necrópolis, pagando á plazos lo que el Ayuntamiento ha gastado. Así hace un gran negocio y consigue la deseada ruina de las sacramentales. Si no obtuviere esto no bendeciría, aunque le prometan las más fuertes indemnizaciones: son muchos

los millones que pierde. Dada la situación, no es difícil adivinar el resultado.

Nosotros recordaremos al Sr. Romero Robledo, por si quiere ser verdaderamente enérgico y justo, que la bendición del cementerio no es acto privativo de los obispos, como el sacramento del Orden, sino de cualquier presbítero; es como la misa o el bautismo celebrados por un sacerdote sin licencias, que son actos válidos completamente a pesar de la trasgresión legal con que se verifican. Así, pues, todo se reduce a hallar un presbítero despreocupado y asegurarse le el porvenir. Una reina de España casó de ese modo con cierto militar. Hay otro medio; invitar a S. Emma para la bendición, y si el día último de este mes el prelado no hubiere accedido, prohibir los enterramientos en los cementerios que han quedado exceptuados, y es inevitable, el día 1.º, con bendición ó sin ella, la Necrópolis empezaría á servir. Pronto cedería la Iglesia, lo flamos.

Para nosotros, esta cuestión pavorosa es la cosa más sencilla del mundo, asunto que no admite paliativos; ó todo ó nada. Todo es la secularización completa del cementerio, aquí y en todo España, bajo las siguientes bases:

Los cementerios católicos pasarán á ser del dominio del Estado, que reemplazará á su vez antes con otros nuevos los que no estén en buenas condiciones.

El cementerio es laico; en él tendrán cabida todos, absolutamente todos los cadáveres, sin distinción ni división alguna de su lugar para su inhumación. Solo se permitirá que los ministros de las religiones bendigan la sepultura en el momento de ser ocupada.

Todo español tiene derecho á ser enterrado y conducido gratis con la debida decencia. No se prohibirá en los actos fúnebres y en las sepulturas sino aquello que sea contrario á la higiene ó la moral.

El municipio confeccionará los reglamentos para el cumplimiento de esta ley.

Claro está que para esto hay que ponerse frente á la Iglesia, pero, ¿qué adelanto social ó científico no la ha tenido por enemiga? Puede afirmarse que su oposición es la señal de que una idea es fecunda y beneficiosa. De creer á la Iglesia, aún no estaría permitida la autopsia ni la anestesia, se quemaría á los brujos y á los herejes y se enterraría en los templos y hasta en las casas. Para los conservadores la Iglesia es una potencia, para nosotros una vieja de crépita, que enseña las uñas el día antes de toda reforma y transeige al día siguiente, cuando el que la lleva á cabo tiene la fuerza y la energía bastantes para despreciar las ilusiones placodesas.

Nada espera nos de los hombres de hoy, no son ellos los que han de hacer las reformas que reclama unánime la opinión, dejarían de ser monárquicos y conservadores.

MIRALTA.

NOTAS DE ESTUDIO
SOBRE LA SANTA BIBLIA
XLI

Todo este preámbulo ó pasillo joco-sério entre Jehová, un mozaquillo y Eli, viene á parar en que los filisteos dieron la gran paliza á los hijos de Israel, por que de toda la vida las profecías desastrosas se inventaron para explicar las grandes catástrofes de los pueblos, así como se inventaron las profecías beneficiosas para explicar sus prosperidades. El suponer que alguien dijo que pasaría lo que pasó, fué siempre de gran efecto dramático, y los antiguos historiadores se despatocaban por lo dramático y tragi-cómico en sus obras.

Tenían los hebreos una razón universal é infalible para explicarse sus buenos y malos sucesos. ¿Les salía algo bien? Pues era á causa de estar á buenas con Jehová. ¿Los deslombaban? Pues consistía en que andaban con Jehová á media correspondencia, frase que inventó cierto amigo para explicar el estado de las relaciones con su novia, cuando ella la escribía y ella no le contestaba.

Los hebreos, pues, al verse vencidos por los filisteos, entrando con sí mismos en consejo, dedujeron que el desastre pasado procedía, á no dudarlo, de la ausencia de Jehová del campo. Y queriéndole tener cerca, mandaron traer al campamento el arca del famoso pacto sinálgmatico, que estaba en Silo, diciéndose probablemente para su sayo que con aquel refuerzo ya podían venir filisteos sobre ellos.

Y vino el arca. Y vinieron también los filisteos. Y se armó la de Dios es Cristo. Y la paliza pasada fué tortas y pan pinado para que ahora llevarón, pues cayeron 30.000 israelitas á filo de la espada de los incircuncisos, y cayeron Otán y Fines, los hijos de Eli, que pagaron así todas las tajadas que habían robado y todas las sietas que habían dormido, y cayó ¡hasta el arca santa! en poder de los filisteos. Al saber Eli la noticia de esta monumental derrota, cae de la silla y se desnuca, y la mujer de Fines, que estaba preñada, al oír lo sucedido á su marido, se agacha y pare á I-chabud.

¡Retebien! La profecía hecha al monaguillo queda cumplida. Jehová es un dios formalito, aunque hablaba de un modo demasiado enigmático.

Los filisteos estaban con el Arca de la Alianza como chico con zapatos nuevos, y no sabían donde ponerla para más honorarla, cosa un tanto extraña, pues siendo el emblema de un dios enemigo del suyo, lo lógico es que la hubieran prendido fuego. O tal vez estos filisteos fueran libre pensadores en cuanto y creyeran que en cuestión de dioses más vale tener dos que uno. Lo cierto es que la conservaron y la pusieron en el templo de Dagon, que era un dios de tres ó cuatro palmas de alto, con unas narices como una cantimplora y unos morros como un almadrá.

Al verse Jehová á solas en tan degradante compañía se atufó y derribó el chirimbolo que le hacía competencia en el oficio de Dios.

Los sacerdotes de Dagon, al entrar al día siguiente en el templo, y ver su dios por tierra á los piés del Arca, cogiéronle con mucho tiesto y volvíeron á ponerle en el altar. Tiempo perdido. Al llegar la noche, Jehová, desde el arca santa, le pega un capirotazo y le echa á rodar, perdiendo del golpe Dagon la cabeza y las manos que fueron á parar al umbral del templo, quedando hecho un tarugo informe.

Pasaba esto en la ciudad de Asdob, donde todos debían ser tontos de remate para no conocer por estas cosas que Jehová era un dios de más campanillas que Dagon. Y persistiendo en su ceguera, Jehová les castigó.... ¿con qué dirás, lector?... pues, con almorranas. En su infinita sabiduría, Jehová supo elegir lo que á sus enemigos convenía para ablandarse. Así que los asoditos se vieron escritillados de almorranas, mano de Jehová es esto, se dijeron; y echaron el mochuelo, digo las almorranas, digo el arca á Gath. Los de Gath, al llegar el arca, se llenaron también de almorranas y echaron aquel gabarito á Geron, donde tan pronto como llegó se desarrollaron las consabidas hemorroides.

Los desdichados filisteos, aburridos, desangrados, mohinos y cariacontecidos, deciden al fin devolver el arca á los hebreos, á los cuales se la enviaron, en efecto, con unas hemorroides de oro dentro para señal y memoria de las incómodas picazones que Jehová les había hecho sufrir.

Con menos argumento he visto más de cuatro sainetes. ¿Por qué no se habían de llevar estas cosas al teatro?

¡Ah! ¡Es imperdonable que Ofenbach y muchos autores del género bufo no hayan espigado la Biblia!

**

El arca, aunque volvió á Israel, no volvió á Silo. La situaron en Beth-semes. Empero, no por tener el arca en casa, dejaron los israelitas la idolatría. Veinte años después de la devolución del arca, Samuel, que ya había crecido, y de monaguillo había pasado á sacerdote y pontífice, tuvo que emprender una valerosa campaña contra los Baales, Astaroths y otros muchos dioses y diosecillos, á quienes los hebreos daban culto, con gran vergüenza y humillación de omnipotente Jehová, el de las almorranas, que pudiéndolo todo, bien podía haber dado un poco más de constancia y fidelidad á sus elegidos.

**

Samuel aparece en su edad adulta como un hombre de bien, que administra justicia según su leal saber y entender, para lo cual echaba cada año un viaje de punta á punta de Israel. Bajo su conducta y mediante sus consejos los hebreos obtienen brillantes triunfos de los filisteos, y, poco á poco, van constituyendo una nación independiente. ¡Hora era ya, después de la salida de Egipto! Nota, lector, que la palabra de Jehová ha sido una palabra vana por siglos, y que solo se cumple á fuerza de combates y penalidades, gracias á la buena organización que da al pueblo elegido un hombre de indiscutible mérito en su tiempo. Esto te enseña que en Israel las cosas pasan como en Roma, en Grecia, en España, en todas partes; y que, como en todas partes también, los hombres, en vez de atribuírsela á sí mismos sus obras, y de hacerse responsables de sus éxitos ó desgracias, dan en la flor de atribuir á los dioses, llámense Jehová, Júpiter ó Minerva, sus hechos y sus pensamientos.

**

Samuel, he dicho, era un hombre de bien. Sus hijos, sin embargo, salieron un par de bribones que vendían la justicia como si fuera pacotilla de contrabando, que se malbarata á cualquier precio. Los ancianos de Israel, que tantas veces hemos visto salir á escena, para decir ó hacer alguna majadería, aparecen de nuevo en el cap. 8.º para decirle á Samuel que, puesto que sus hijos eran una calamidad, les nombre un rey, á la usanza de las naciones colindantes.

Samuel, que tal oyó, se puso hecho un basilisco. Hombre de talento y de corazón, así que oyó á sus conciudadanos que querían un rey, estuvo á punto de emprenderla con ellos á puntapiés, única cosa que merece quien, siendo hombre libre, pide un amo. Jehová también se atufó con la demanda de rey; pero dios bonachou y sobre todo complaciente, después de tomar á agravió la petición, dice á Samuel que les dé rey, aunque sabe que por el rey le han de ovidar.

Samuel, entre Jehová que le manda, aunque á regañadientes, dar un rey á Israel, y el pueblo que se le pedía, adopta un temperamento doctrinario, consistente en manifestar al pueblo lo que era un rey con toda claridad y verdad, y despedirle luego para sus casas, prometiendo complacerle.

**

No quiero pasar por alto las palabras de Samuel á los hebreos respecto al rey. En ellas los creyentes católicos encontrarán tela larga á meditaciones trascendentales, propias para hacerles caer de su burro, quiero decir, de su absolutismo. Hélas aquí:

«Dijo, pues (Samuel): Este será el derecho del rey que hubiere de reinar sobre vosotros: Tomará vuestros hijos, y pondrálos en sus carros y en su gente de á caballo, para que corran delante de su carro:

«Y se elegirá capitane de mil, y capitane de cincuenta; pondrálos asimismo á que aren sus campos y sieguen sus mieses, y á que hagan sus armas de guerra, y los pretrechos de sus carros:

«Tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras.

«Así mismo tomará vuestras tierras, vuestras viñas y vuestros buenos olivares, y los dará á sus siervos.

«El tomará vuestros siervos y vuestras siervas, y vuestros buenos mancebos, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras.

«Diezmará también vuestro rebaño, y finalmente seráis sus siervos.

«Y clamareis aquel día á causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas Jehová no os oír en aquel día.»

Resumen: que Samuel creía al rey una calamidad, y á los que se le pedían dejados de la mano de Dios.

De acuerdo. En algo había ya de opinar como un profeta.

EDUARDO DE RIOPRANCO.

La Salve

Para formarse idea de lo que representa la Salve, es preciso imaginar el estado de la humanidad durante la Edad Media.

La guerra ardía por todas partes. Los Papas excomulgando á los emperadores; éstos invadiendo las tierras de los Papas y obligándolos á salir de Roma y morir desterrados. Los barones asaltando los monasterios y matando á los frailes. Unos señores combatiendo con otros. Los villanos viviendo en pocilgas, consumidos de lepra y miseria. El clero imponiéndoles el diezmo; los abades obligándoles á dar con varas en los estanques mientras dormían, para que no les importunasen las ranas; sobre las primicias del fruto, exigiéndoles también las de la honestidad de sus esposas, mediante un derecho infamante que ejercían abades y señores. No teniendo propiedad, honra, seguridad personal, amenazados á cada instante con la voz feroz del señor feudal que gritaba: «mi hombre es mío, me pertenece, puedo azarlo y cozerlo.»

¿Cuánta no sería la tribulación de aquellos miserables!

¿Y á quién pedir amparo en tanta desdicha? Los ojos del pechero no veían remedio á su mal en esta tierra. Pusáronlos por eso con todo fervor en el cielo.

La Virgen María fué su refugio. Ella reunía la doble calidad de ser mujer y madre. Además sufrió también dolores cruentos. Se concibe así que el culto de la Virgen viniera á sobreponerse en aquel tiempo á todos los demás. Se la hizo el depósito de las ansias, de los amores, de las esperanzas, de la humanidad.

Sino fuera bastante prueba la importancia que se le da en los Evangelios la madre de Jesús, para atestiguar que su culto ha ido produciéndose en el tiempo, sería también otra concluyente el hecho de que entre las primeras pinturas cristianas halladas en las catacumbas, no hay representaciones de la Virgen. Está Cristo, está Moisés, están representadas escenas bíblicas: no está la Virgen. Los primeros cristianos, los más verdaderos, no adoraban á la Virgen. De adorarla, por fuerza la hubieran representado.

En cambio en la Edad-Media, el culto de la Virgen fué, como declinan, cada instante en aumento.

En medio de aquel ruido de las armas, lamentos, imprecaciones, furoros, aquel fin del mundo que se temía á cada instante ver llegar, la tímida mujer, el anciano, el niño, el aldeano, corrian á la iglesia, su único refugio, y allí, hincada la rodilla, con las manos cruzadas, dirigidas al cielo, levantando á él la cabeza, entre sollozos, suspiros, ánsias, angustias, derramar de abundante llanto, exclamaban:

«Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida y dulzura esperanza nuestra, Dios te salve á ti llamamos los desterrados, hijos de Eva. á ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro muésttranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre: ¡oh! clemente, ¡oh! piadosa, ¡oh! dulce, siempre Virgen María, ruega por nos Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar y gozar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amen.»

¿Quién ha inventado la salve? ¿A qué persona se debe ese tesoro de poesía? No se sabe. Ni importa saberlo, como no importa saber quiénes son los autores de nuestros más hermosos romances. Todos tenemos conciencia de que el individuo particular que le haya dado esa forma habrá puesto bien poco. Se le deberá á lo más el enlace de las palabras, las ideas de la Salve son el fruto del alma cristiana entera al desenvolverse en medio de determinadas circunstancias históricas.

Y cómo ha corregido ese alma de nuestros padres arias las brutalidades de las creencias hebraicas! Al Dios de ira, al castigar de los dientes en el fuego eterno, á la lluvia de azufre derretido, al exterminio del enemigo y de su descendencia hasta la quinta generación, ha opuesto la piedad, la clemencia, la dulzura, la misericordia....

Aprender, jesuitas, á escribir poesía en prosa. Hechas trizas y avergonzadas deberían votar solas á los montones de las calles aquellas páginas del catecismo en que están escritos el Ahora recomes y Todo sal cristiano, al verso al lado de la en que figura la preciosa Salve.

Se comprende que Bach, Gounod, Schubert, hayan hecho esas primorosas Ave-Marías, llenas de poesía y de encanto; nada más adecuado á la naturaleza de la música que esa emanación del alma cristiana que se llama Salve.

Quien dude del valor histórico del cristianismo, que fije su atención en esta producción, notando la influencia poderosa que habrá tenido en el alma una oración que aún conmueve las fibras más íntimas, de aquellos mismos que no le damos valor divino ni religioso. ¿Cuánto no habrá influido para dulcificar las almas de la sociedad bárbara feudal y dispuestas á someterse á la coyunda del derecho común?

Mas de otro lado convénzanse también los románticos cristianos de que con solo las oraciones á la Virgen no hubiéramos jamás salido de la miseria y la esclavitud feudal. El eterno Sancho de nuestra tierra decía con sorna á par que veía rezar: «á Dios rogando y con el mazo dando.»

Solo el mazo del púlico abatió el castillo feudal y la Bastilla. Con energías desplegadas del fondo de nuestro ser, y no con súplicas y ruegos á entidades imaginarias, es como se destru-

ye el mal en el mundo. Ya no hay quien abra el vientre al pechero para calentarse en él los piés, no hay quien le tueste en el horno, ni le arranque la propiedad, ni aun siquiera le detenga sino por causa de delito. Por lo menos tiene esos derechos consignados en las constituciones y mil voces generosas dando al mazo diariamente para defenderlos.

Enseñemos pues á nuestros hijos la Salve como una de las más hermosas y más reales obras de poesía popular, como materia épica preciadísima que deberá formar parte de la epopeya cristiana; pero enseñémosles también que rezaron sus antepasados siglos y siglos la Salve junto á los oídos de los tiranos, sin lograr conmoverlos sensiblemente, mientras que más tarde con viril esfuerzo obligaron en un día á hacer cesar de sus derechos señoriales á todos aquellos demonios de forma humana. Que desde entonces canta en vez de llorar como mujer el hijo del estado llano. Enseñémosle, sí, lo primero la obligación en que está de darle al mazo incansablemente si quiere sostener la preciosa libertad y con ella la dignidad de su vida y su salud aquí y fuera de aquí en cuantas vidas haya.

DEMÓFILO.

LUZ Y SOMBRA

Leemos en nuestro estimado colega el Boletín Federal de la Coruña:

«El general Guzman Blanco, cuya larga y próspera administración del gobierno de los Estados-Unidos de Venezuela le ha valido del Congreso de aquella república el título de «ilustre americano» llegó aquí ayer, después de un viaje de siete días en el vapor de hierro americano Caracas, de la línea «Red D.» procedente de la Guaira. El ex-Presidente Guzman Blanco fué recibido con los honores debidos á su rango por las autoridades navales y militares de los Estados-Unidos en este puerto. Muy pocos, si algunos jefes de Estados americanos, han sido objeto de semejantes honores por este gobierno federal.

El general Guzman Blanco, que viene acompañado de su familia, representa tener unos cincuenta y cinco años de edad. Tiene más de la altura ordinaria, de una figura bien compuesta, teniendo una cabeza muy bien formada y unos ojos castaños que parecen penetrar hasta el fondo de quien le observa, mientras que ellos no revelan en lo más mínimo los pensamientos del general. Su barba tiene exactamente el mismo corte que la del emperador Napoleon III, á quien se parece mucho. Su familia consta de su esposa, su cuñada y nueve hijos, de los cuales seis son varones de superior inteligencia. La señora del general es de gran hermosura y está en la flor de la edad. Su cuñada también es hermosa y las dos hijas mayores, de 18 y 16 años respectivamente, son modelos perfectos de esa famosa hermosura española, que raras veces se encuentra fuera de Andalucía. El general, lo mismo que su señora, son de pura sangre castellana, aunque sus antecesores han residido en Venezuela antes de adquirir ésta su independencia.

Nuestros lectores conocen ya los servicios prestados á la causa de la libertad y del humanismo, en general, por el ilustre Guzman Blanco. Ha sido un fiel hijo de nuestra raza que ha tenido la ventura de disponer de un campo amplio y desembarazado para realizar el bien, después, es verdad, de una vida de peligros y heroísmo.

Reciba el ilustre visitante la expresión de nuestra más franca simpatía, á la vez que nuestro más entusiasta saludo de bienvenida.

Tenemos dicho que no hay nada más vulgar y pedestre en esta tierra de España que esa medianía encopetada que se llama Alonso Martínez.

Prueba al canto: el exordio del discurso, ó cosa así, que ha pronunciado en el banquete fusionista de San Sebastian, y que, textualmente tomado de La Correspondencia, dice de este modo:

«Brindo, señores, por S. M. el Rey y por la real familia, considerándola como el cimiento más sólido de las libertades públicas, puesto que significan la tradición histórica de España, y que no es indiferente la forma de gobierno en este país, donde tantas glorias se deben á la institución monárquica. Por eso el partido liberal es monárquico y dinástico. En otros países virgenes podrá ser indiferente la forma de gobierno; en España, no.»

¿Puede darse cosa más deslabazada, vulgarona, instancional y tonta?

¿Y que á un hombre así le den importancia en las combinaciones políticas? ¡Aun no ha pasado el tiempo de los milagros!

El director de nuestro bien escrito y valiente colega La Costa Cantábrica, D. Liborio G. Tapia que está haciendo en Castro-Urdia-

les un servicio á la causa de la democracia, que no se le puede agradecer bastante, ha sido abusuelto en una de las causas que se le habían formado.

Reciba la más cumplida enhorabuena de nuestra parte.

Tomamos de nuestro colega El Clamor del País, de Puerto-Rico:

«Hemos oído, aunque no podemos asegurarlo y nos resistimos á creerlo, que ha sido procesado un Juez municipal de los últimamente nombrados, por haberse negado á prestar el juramento con sujeción á las fórmulas del rito católico, á virtud de no estar esas fórmulas de acuerdo con sus creencias religiosas. ¿Y la libertad de conciencia? ¿Y la tolerancia de cultos? No tenemos noticias de que se hayan derogado ni suspendido los artículos del Código fundamental que consagran y nos garantizan esos derechos.»

Es verdad, no están derogados los artículos de la Constitución que garantizan la libertad de conciencia, y aquí en la Península no se obliga á nadie á jurar por el Dios en que no cree.

Si, pues, es cierta la noticia que da el colega, corresponde formar causa al que la haya mandado formar á ese dignísimo Juez municipal que demuestra ser un hombre de recta conciencia.

Corresponde además que los hombres de alma libre de Puerto Rico hagan una manifestación de simpatía y agrado hacia la persona de que se trata.

La redacción de LAS DOMINICALES se la envía desde aquí.

Nuestro colega La Luz, que se publica en la Habana, después de dar cabida en sus columnas á nuestro prospecto, agrega estas líneas:

«En la redacción de La Luz se admiten suscripciones al valiente periódico libre-pensador, que tan brillante campaña está haciendo en pró de los intereses de la civilización.»

Agradecemos este favor y honra á la vez que nos hace nuestro estimado colega, más de estimar aún teniendo presente que son espontáneos.

Esté seguro de la reciprocidad. Quedamos á sus órdenes.

La Epoca, como los pedantuelos que alardean de graciosos en las reuniones de damas, rie á carcajadas, primero, porque haya quien escriba que Alfonso XII es mason, y que lo son varios otros personajes que le rodean. Semejante dislate solo puede haberse inventado, segun aquel periódico, para descrédito del rey y sus ministros.

«En cuanto á S. M. el rey—escribe al final, cambiando de tono,—no necesitamos rebajarnos á desmentir una calumnia, cuyo objeto es bien fácil comprender.»

¡Rebajarse! ¡nada más pretencioso que la ignorancia! No nos importa absolutamente que Alfonso XII sea ó no mason, pero importa, sí, consignar como hecho histórico, conocido de todo el mundo menos de La Epoca, al parecer, que sin la Masonería, no ocupara Alfonso XII el trono de España.

¿Quién ignora que cuando Fernando VII había firmado el famoso codicilo en virtud del cual derogaba la Pragmática Sanción, cuando la pobre Cristina, creyéndose viuda, abandonada de todos, estaba resuelta á dejar el palacio con sus niñas huérfanas, volió la infanta Carlota, de Cádiz con su esposo, reanimó el espíritu de su hermana, habló enérgicamente con Fernando VII que había recordado los sentidos, abofeteó al miserable Calomarde, pérfido autor de toda la trama, y consiguió que revocase el rey la recién hecha disposición?

¿Y se sabe quién era el marido de aquella esforzada princesa, á la cual llama Lafuente, autor que no puede ser sospechoso para los más retrógados, «amiga de la justicia, vehemente en sentir, amante de su hermanita» pues D. Francisco de Paula Borbon, jefe de la Masonería española. ¿Puede nadie que tenga seso dudar que fué el núcleo más decisivo para sostener el trono liberal, contra el carlismo de la Masonería española?

Sin ella estaría sí, errante por Europa, en vez de estarlo D. Carlos, el que ahora ocupa el trono de España.

Riase ahora el gárrulo periódico conservador.

En Bruselas ha habido á la vez una doble manifestación de liberales y católicos. A pesar de ser ambas numerosísimas y de estar tan encendidos los ánimos, no se ha perturbado un momento el orden.

Hay que advertir que el encargado de mantenerlo ha sido el alcalde de la ciudad; el gobierno clerical no se ha mezclado para nada en este asunto.

Aprende, revolucionario Romero Robledo, que no consientes siquiera que se hagan manifestaciones en honor de los republicanos

flustres; un gobierno extremadamente reaccionario te da lecciones.

Hallándose Rosalia Perez en el pueblo de Chimenas (Granada) arrodillada ante un crucifijo encomendándose a él para que la libra de la tormenta que se habia desencadenado en aquel momento, cayó un rayo y la dejó instantáneamente caáver.

La misma suerte ha sufrido el párroco de Puigvert en Lérida.

Estos desgraciados no habrían leído la oración sobre el cólera que publicamos en el número anterior. O bien esa oración solo tiene eficacia contra los coléricos.

Que hagan otra sobre las tormentas.

¿Que si tiene tela que cortar la masoneria?

El Ayuntamiento de Grenoble ha mandado secularizar los hospitales. El obispo ha gritado contra la medida diciendo que los concejales son masones. El pueblo ha aplaudido a su Ayuntamiento.

Estas, estas sí que son protestas sustanciosas contra la encíclica de Leon XIII.

Hay varios colegas, sobre todo de provincias, que no hacen constar en la cabeza del periódico el nombre del pueblo en que se imprime. Esto produce dificultades para los cambios, aun tratándose de la prensa española, que puede inducir quizá la localidad por el contexto del número: ¿qué no sucederá en el extranjero donde alguna vez interese saber el lugar de la publicación?

En vista de ello nos permitimos llamar la atención de todos nuestros colegas sobre la conveniencia de que aparezcan clara y distintamente a la cabeza de su periódico el pueblo y provincia en que se publica.

El Ateneo de Cornudella (Zaragoza), queriendo contribuir con su óbolo a la obra de caridad que se está realizando con las viudas y familias de los fusilados de Santa Coloma de Farnés, organizó y llevó a cabo en 25 de Julio último, una función teatral a beneficio de aquellas familias.

Púsose en escena, para dicha función, un drama original e inédito titulado *El espejo de la ambición*, cuyo autor es D. Joaquín Ferrandiz y Piñol, antiguo amigo y correligionario nuestro, y en vista de la favorable acogida que el público dispensó a la producción, y deseando contribuir al alivio de la desgracia que aflige a dichas familias, ha resuelto hacer una edición especial de su obra, que se pondrá a la venta al precio de dos pesetas el ejemplar, destinando el producto a tan filantrópico objeto.

Los pedidos de ejemplares pueden hacerse a nombre del autor, doctor en medicina, en Cornudella.

Gayangos 10 de Agosto 1884.

Mi querido Demófilo: Te prometí seriamente consagrar algunos ratos de mi habitual excursión veraniega a colaborar en vuestra noble y civilizadora empresa: pero por más que abundan asuntos para ocupar interesantes toques de *Lucy Sombra* hubiera sido probable que, cediendo a los encantos del delicioso clima de este bello y tranquilo país, que convidan al abandono, sobre todo en esta época dichosa para mí por poder consagrarme al cuidado de mis niños y a la reparación y al descanso, es probable, repito, que me hubiera hecho acreedor a tus justos reproches.

Para un alto deber de amor, más que local patriótico, me excita a valerme de tu ilustrado Semanario para revelar al mundo sabio la existencia de un monumento prehistórico de lo más notable de cuantos ilustran la memoria de las primitivas edades. Es una población monolítica.

La gran cadena de peñascos, casi constantemente calcáreos, que corona la cordillera cantábrica, apenas se quiebra para dar salida a varios afluentes del Ebro, formando antes extensos, pintorescos y fructíferos valles, coronados de grandes montañas. El que yo habito, que es el de Montija, fué el seno de un vasto lago formado por los ríos Trueba y Cerneja que brotan en la alta sierra de Pas.

La cadena de peñascos se repliega y quiebra al Mediodía, volviendo suavemente a rebacerse hacia el Norte, formando como una hermosa encañada.

La región meridional de este valle es rica en minerales diversos, no explotados, y sobre todo en aguas sulfurosas, uno de cuyos manantiales surte a los baños de Gayangos, establecidos há más de cincuenta años, y cuya fama (pues son sus aguas acaso las mejores entre las mejores de España) le han merecido lentamente las fáciles comunicaciones a otros establecimientos análogos.

A dos kilómetros de dichos baños, y en la parte S. O. de la sierra, sobre una suave pendiente, elevase entre otros un peñasco que es el que me propongo reseñar.

Tiene unas 180 metros de longitud por 60 de ancho y figura exactamente un buque con rumbo a S. S. E. que hubiera encañado, rehundiéndose por la popa y recostándose sobre la dere-

cha para preservar su cubierta del viento N. O., que es aquí el terrible azote en el invierno.

La peña fué por todos lados inaccesible, pero las tierras de aluvión lo han ido soterrando por la parte de proa, merced a una canal que las aguas han formado.

Tiene marcados varios accesos artificiales en forma de escalones, pero que solo pueden utilizarse a favor de una maroma.

En la cubierta de popa de este fantástico buque aparece una plataforma cuajada de sepulturas oblongas con el hueco aproximado al que pueda ocupar un cádaver. Siguen cierto para lellemo pero no están orientadas.

Después de este cementerio, con unas cien sepulturas, la roca se eleva y aparece abrupta, presentando variadas sinuosidades y declives, surcada toda por profundas sendas y escalones, que parecen contener aun la huella de salvajes pisadas.

En una pequeña prominencia no lejos del cementerio, y a la que dirige una marcada senda, se encuentra un fogón de hornillo abierto en la roca, plano y rodeado en el fondo y, a pesar de que es lo bastante profundo, dos canchales recogen las aguas que escurridas del peñasco pudieran bajar a amortececer su lumbrera.

Hay verdadera profusión de algibes, con largos, serpenteantes surcos, que los alimentaban de aguas pluviales; uno de ellos cabe más de 40 hectólitros.

En lo más elevado del peñasco, que suponemos la proa, se observa una especie de sofá, tras el cual se ven agujeros artificiales que taladran la roca, y a su izquierda unos escalones que dan acceso a una especie de púlpito con su asiento, desde cuya elevación se contempla un extenso y magnífico panorama.

Debajo de todo esto se vé la boca de una cueva, que dicen los que la han visto que recorre la mayor parte del peñasco, recibiendo luz por algunas de sus grietas, y que está rodeada de cómodos asientos.

A los dos lados de la quilla del gigante buque se ven multitud de agujeros rectangulares que indudablemente sostuvieron techumbres.

He examinado la superficie de las tierras que circundan la roca, y no se observa vestigio alguno de cerámica y sólo se han hallado, segun afirman, algunas conchas mariscas.

Todas las obras aparecen ejecutadas con instrumentos toscos, probablemente de piedra, y teniendo en cuenta que el peñasco es de constitución gredosa, muy blanda en la parte soterrada, y que se endurece fácilmente en contacto con la atmósfera, se comprende cómo podrían realizar aquellas obras, que hoy, educada la piedra, hubieran sido imposibles.

MI INCOMPETENCIA de un lado, y el deseo de no hacer más pesada esta deshilvanada carta, me excusan de extenderme en deducciones sobre quienes fueron y a qué época pudieran remontarse estos monolíticos que habitaban la región de las águilas y se paseaban por bordes de precipicios que hoy inspiran pavor a los más atrevidos acróbatas. Solo me atrevo a afirmar que no se establecieron en esta fortaleza para defenderse de sus semejantes, pues podían ser batidos de todos lados por piedras arrojadas a mano, sino más bien para librarse de las fieras, opinión que, a mi juicio, confirma la existencia de los aljibes, teniendo (como al menos hoy existen) varios manantiales permanentes y contiguos.

Dejo a los arqueólogos intacta la gloria de averiguar esto, y a los teólogos que nos expliquen si los descendientes de los que idearon la torre de Babel vinieron a construir en España tan salvaje ciudadela.

Excusado es decir que ninguna tradición se conserva, ni aun el sitio que pertenece a Fresno, pueblo de Castilla la Vieja, conserva nombre propio.

El descubrimiento de esta inapreciable joya se debió a un rudo pastor que se encaramó en el peñasco y se fijó en los sepulcros, y calculando en su misera ignorancia que serían de los moros lo reveló a algún amigo y furtivamente, creyendo hallar tesoros, fueron aventando los huesos de los que tan pacíficamente habrían reposado al fin acaso centenares de siglos.

La cueva fué tapada pocos años há por los vecinos de Fresno para evitar que se les extraviasen los ganados que iban a sestar en ella.

Yo, desde que tuve noticia de tal monumento, no he dejado de excitar a varios sabios arqueólogos a que vinieran a estudiarlo, pero no he tenido la suerte de que cumplieren la promesa que me han repetido. De buena gana hubiera emprendido por mi cuenta trabajos de exploración, pero he preferido respetarlo y hacer que se respete tal como existe.

Te ruego, pues, querido Demófilo, que elves tu ilustrada voz y excites a tus compañeros en la prensa para recabar esta gloria nacional, no esperemos a que venga algun extranjero a darnos nueva lección del criminal desden que mostramos a cuanto se refiere a nuestros orígenes, que todo pueblo culto está obligado a investigar.

Sabes que te aprecia tu afectísimo,

TRODORO SAINZ Y RUEDA.

Primer aniversario de la muerte de

D. Tomás Perez Gonzalez

Mientras no hay quien ofrezca un real por la epa del hombre que ocupó los más encomendados puestos de la nación, del que mandó fusilar y deportar a quien se atrevía a respirar en su presencia sin su venia; mientras no hay quien ofrezca un real por la espada de Narvaez,

volviendo la espalda a su tétrica memoria, los demócratas de Avila se apresuran a entregar su modesto óbolo, con el fin de costear una corona fúnebre é ir a depositarla en religioso respeto a la tumba de D. Tomás Perez Gonzalez, que, cuando aquel nefasto general vivía y posteriormente, se dedicaba en secreto a difundir en las almas de sus conciudadanos, con la palabra y el ejemplo, gérmenes imborrables de bondad y virtud.

¡Animos con estos salientes ejemplos a odiar el mal y a ser obreros del bien, criaturas humanas!

En la imposibilidad de dar aquí datos biográficos y a la extensión merecida, acerca de D. Tomás Perez Gonzalez, fallecido há un año, remitimos al lector al bien escrito artículo publicado por nuestro querido colega *El Porvenir*, del lunes pasado, suscrito por el distinguido catedrático que nos honra con su amistad, don Leoncio Cid Farpon.

De nuestra parte, nos limitaremos a decir que el Sr. Perez Gonzalez fué un digno hijo de la tierra castellana, pues supo engastar, a la severidad y nobleza proverbial de aquella tierra, una fé inquebrantable por las conquistas, todas, de la civilización moderna.

Amante del pueblo, lo defiende desde sus primeros pasos en la vida pública como periodista, como hombre de partido, y desde los puestos oficiales de concejal, diputado provincial, gobernador civil, que desempeñó.

El dormido espíritu democrático de la provincia de Avila despierta a su enérgico y constante llamamiento. No se preocupa solo de la cuestión política, lo hace tambien de la social, la más importante y pavorosa. Al efecto, escribe artículos y folletos para ilustrar al pueblo sobre el valor del ahorro y la cooperación para redimirse de la miseria; une a la teoría el ejemplo y crea institutos de beneficencia, de ahorro y de instrucción, montados de tal modo, que pueden servir de modelo. Merced a su iniciativa se establecen en Avila las primeras cajas escolares de España.

Los años, lejos de entibiar su fervor por la causa del pueblo, lo encienden. Cuando la desercion cunde en el campo republicano, él se muestra más firme y resuelto, organizando los comités de la provincia y sosteniendo en ellos el espíritu de disciplina estricta que exige la vida política moderna.

Jamás fué indisciplinado ni disidente. Unido siempre al ilustre patriota Ruiz Zorrilla, con quien tenia su carácter mucho de semejanza, avanzó siempre con paso firme y mesurado. Esas artes de que, espíritus pequeños alardean de diestros, se valen para hacer merecer sus servicios y usurpar posiciones en los partidos, jamás las puso él en práctica. No porque las desconociera, quién desconoce esas burdas y meneguadas armas? sino porque eran indignas de la severidad de su carácter.

¡Neces que son los intrigantes políticos de todos los partidos! ¡Como el tuvieran una sola intención que pasara desapercibida al ojo penetrante del pueblo! ¡Como si este no percibiera lo más recóndito de sus pensamientos!

«Este tenia el alma puesta en su intención y su conducta.» ha dicho a una voz el pueblo avilense, y no se ha engañado.

¡Qué deplorable situación la nuestra! Los republicanos de Avila han tenido que sofocar los sentimientos de su corazón y dejar de asistir unidos en manifestación imponente a rendir tributo de respeto y amor ante la tumba de su bienhechor. Hoy no se consiente amar ni sentir contra los deseos de los sucesores de aquel Narvaez de odiosa memoria. Los republicanos han tenido que nombrar una comisión de menos de 19 individuos que vaya al cementerio a depositar la corona. De lejos les seguían mil ojos, con el piadoso interés con que se cuenta se guían al Calvario sus discípulos al hijo del hombre, destinado a morir entre brutales sayones.

En el cementerio pronunciaron oraciones fúnebres tan sencillas como elocuentes y enérgicas, varios de los acompañantes, entre ellos el Sr. Cid, D. Antonio Ramos, presidente del comité local republicano, y D. Antonio Delgado, sobrino del finado, que aspira a ser fiel guardador de las virtudes de su tío, a quien amaba tanto como respetaba.

Las D. MINICALES, que sin relaciones personales con el Sr. Perez Gonzalez, se honraron con su suscripción (pues no mentaba idea regeperadora a que no prestase aquel decidido campeon su spray), envían a la familia honradísima del finado, y a los republicanos de Avila, el tributo de su reconocimiento patriótico por el noble empeño que demuestran en honrar la memoria del virtuoso, inteligente, recto, severo, incorruptible, modelo de virtudes cívicas, D. Tomás Perez Gonzalez.

Desde la Coruña

Coruña 12 Agosto 1884.

Sres. Don Ramon Chies y Demófilo: No nos equivocábamos, no, al juzgar que Galicia es una de las regiones de España más dispuestas a que fructifique la libertad. Ilustre es su abolengo, cantadas gloriosamente han sido sus tradiciones de independencia, conocidos son sus grandes hombres, verase puede la hermosura de este suelo que, si compite con Suiza, en lozanía no puede compararse a esta nación que disfruta de las caricias de una república sin mancha y de un gobierno sin ambiciones.

Pero es altamente consolador llegar a una población como esta y encontrarse con que está saturada de vida moderna, y con que palpita en ella ese espíritu que tanto engrandece

y dignifica a los pueblos que aman la democracia y que comienzan a sembrar en su conciencia los gérmenes del libre pensamiento.

No es una de esas capitales de provincia en que el misticismo reina y la hipocresía abunda, el clero ordena y el pueblo ciegamente obedece. Aquí podrá suceder que un Ayuntamiento esté construyendo monumental plaza de toros y que el Instituto tenga un edificio pobre; podrá ocurrir que un particular levante hermosa iglesia, encanto de los ojos y desengano del alma, mientras no hay quien disponga una playa convenientemente; podrá ser que el caciquismo extienda sus alas súbicas cen bajo vuelo; pero hay una gran parte de la población, la más ilustrada, la más docta que vive y siente con los modernos principios y que sustenta nuestros ideales.

Si, como sabemos, la prensa es el reflejo fiel de las aspiraciones de los ciudadanos, aquí la más leída y acreditada, que es la republicana, la representan *La Voz de Galicia* y *El Boletín Federal*, cuyos ilustrados redactores vienen sosteniendo con gran entereza y tenacidad invencibles, los principios que informan el progreso moderno.

Aun los más opuestos a nuestras predicaciones, declaran la influencia que se está operando. Poco tiempo há Galicia, separada casi por completo de la Península, por la falta de vías de comunicación, parecía como que estaba muerta, permanecía en un enervador estacionamiento, y como se desconocían las grandes condiciones de este fecundo suelo y de estos hombres a quienes la fatiga no doblega, se le trataba con gran injusticia. Hoy ya todo alienta, todo toma vida regeneradora.

Del mismo modo que en la primavera el campo reverdece, y se abren las flores, y el valle se satura de aromas y los horizontes de luz y el espacio de armonías; así los pueblos gallegos tambien despiertan al escuchar ese potente sonido, ese robusto eco de la civilización, ese esfuerzo de la inteligencia que se llama locomotora, y se celebran con frecuencia torneos en donde el talento acude a coronarse de lauros, cubierto con la brillante armadura de la idea; las mujeres con sus auras varoniles y sus angelicales rostros animan al trabajo; el clero, por lo general, no se muestra tan intolerante como en otras regiones, sin duda porque comprende la inutilidad de sus esfuerzos; escasean los templos (cosa rara en poblaciones españolas) como si quisieran demostrar estos habitantes que sus almas no se templaran para el fanatismo y que desean vivir en la sociedad sin trabas religiosas, como las aves en la extensión del mar; pintorescas cumbres rodean la población, prestándole ese encanto que tanto distingue a las ciudades marítimas; caracteres enérgicos é indomables se encuentran en abundancia, y así a todo esto se añade el recuerdo de las glorias con que se adorna la historia de esta valiente tierra: María Pita y Mendez Nuñez, que son el heroísmo; Macías y Rodríguez del Padron, que son la poesía; Alonso Suarez de Deza y Rodrigo Pimentel que son la guerra, Alonso VII y el conde de Lemos que son la diplomacia y el poder, y otros mil nombres ilustres que pudiéramos citar; se comprenderá mejor lo justificado de nuestros elogios y lo imparcial de nuestras alabanzas.

Se hacen grandes preparativos para las fiestas y se espera con ansiedad al ilustre republicano Sr. Carvajal y a D. Héctor J. Varela. Los juegos florales prometen ser solemnes. En los de Vigo, D. José Carvajal ha convertido gran número de izquierdistas, entre ellos al director de un periódico. Bien llegados sean los que, convencidos de las flaquezas de la monarquía, se refugian como único punto de salvación en el puerto de la república.

ANTONIO R. GARCÍA VAO.

¡Correos!

Numerosas cartas hemos recibido desde nuestra queja anterior sobre este malhadado servicio.

Véase una de ellas:

«Valencia 6 Agosto 1884

«Sr. D. Ramon Chies.

«Madrid.

«Muy señor mio y distinguido correligionario: Hace más de tres meses, bastante tiempo antes de que V. me remitiera la circular de la comisión del partido republicano-federal, escribí a V. acompañándole cien reales en dos sellos de diez pesetas y cinco de una para un semestre de suscripción a LAS DOMINICALES a favor de cinco amigos que habia logrado atraer a nubes tras ideas.

«No he obtenido con testacion a esta carta ni a seis más consecutivas que durante este tiempo le he dirigido, aun habiendo depositado la tercera en el buzón de la Central, la cuarta en el mismo, la quinta en el de la estación de ferrocarril y la sexta en el buzón del coche-correo. Varió tambien la letra del sobre en algunas, y recuerdo de la quinta que la cubria un sobre timbrado de D. José Perez Guillen. Ninguno de estos escritos ha llegado, sin duda, a su poder, y ya me habia resignado a no escribirle más, por ahora, cuando el amigo Aguilar, enterado de todo, me facilita el medio seguro de comunicarme con V., aprovechando la salida para esa de una persona de su confianza.

«Casi podríamos afirmar que andaban más seguros los viajeros por España en la Edad Media que los valores hoy en la administracion de Correos.

«Puede V. hacer el uso que considere oportuno de esta carta. Suyo afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—Breslio Algarra.»

¿Quiere nuestro amigo saber el paradero de sus cartas y de sus sellos?

Lea esta noticia circulada por varios periódicos:

«Al oscurecer próximamente, el alcalde de barrio de Calatrava y delegado del distrito practicaron un importante servicio.

«Hace un mes que tenían sospechas de que un empleado de Correos sustrala algunas cartas de esta administracion.

«A la hora indicada se personaron dichas autoridades en la habitacion del empleado, calle del Aguilá, 27, piso 4.º, y practicado un minucioso registro le encontraron infinidad de cartas, libranzas del giro mútuo, talones, sellos arrancados de las cartas y otros muchos documentos, varios de ellos de importancia.

«Parte de esto lo tenia escondido debajo de los colchones y en un baul mudo.

«El sugeto referido fué puesto a disposición del juzgado de guardia.»

¿Cómo puede acaecer esto en ninguna administracion bien organizada? Se concibe que falte alguna carta, algun valor suelto, ¿pero tanta carta y tantos valores?

Fijese el público en que se trata de un delito vil, en que se daña a mansalva, haciendo por la espalda, abusando de la posición oficial, y en que, por lo tanto, es muy difícil encontrar un hombre tan ruin que sea capaz de cometerlo. Fijese además en que por lo mismo de ser tan villano delito, la casi totalidad de los funcionarios de correos se prestará gustosa a auxiliar a sus jefes para encontrar al culpable que los deshonra y ponerlo en manos de la autoridad. Fijese, finalmente, en que nada más sencillo para un funcionario prudente y hábil que contar con algunos empleados de su entera confianza que vigilen el servicio. En suma, que lo que ha pasado no ha debido pasar, teniendo los jefes del empleado que ha delinquido, la vigilancia debida. Que, por tanto, sobre la responsabilidad criminal del delincuente, hay responsabilidades administrativas que importa hacer efectivas.

La carta que trascribimos puede dar al público la medida de lo intolerable de la situación de España en este servicio. Nadie consiente en gastar el tiempo inútilmente. ¿Quién, después de no obtener testacion a una carta que ha escrito, tiene humor y paciencia para escribir una segunda ó tercera? ¿Y quién lo tendrá para sacar nuevas libranzas, ó reponer con otros sellos los que ya ha remitido y le han robado? Agréguese a ello la incertidumbre de que las nuevas cartas y remesas de fondos lleguen a su poder, para comprender la agnosciosa situación del que en España tiene que poner cartas en el correo.

Se necesita toda la fé de nuestros amigos, todo el entusiasmo de que dan prueba por nuestra causa, que nunca les agradeceremos bastante, para que no se hayan cansado ya. Nos admira, al contemplar el sinnúmero de faltas de cartas que notamos todos los días, de que no haya muerto nuestra empresa en manos de la autoridad pública, depositaria de nuestros intereses, que debia defender, por encima de todo obstáculo, como lo hace el hombre honrado, a quien se le confían bienes en depósito.

Póngase al frente del servicio de correos a un hombre inteligente, activo, enérgico, que le veamos acudir solícito allí donde le denuncien un abuso para cortarlo inmediatamente. Que haga renacer la fé perdida en este servicio, que debe ser un sagrado para todos los partidos. A ese hombre ningún partido le tocará, con seguridad.

La situación presente es intolerable. Hay que hacer algo y pronto, Sr. Romero Robledo.

SUSCRICION

para el pago de la multa impuesta a LAS DOMINICALES por el conde de Toreno, y para constituir un fondo de defensa contra las persecuciones del Gobierno al Libre Pensamiento.

(Continuacion.)

Table with 2 columns: Name and Pta. Cta. (Pesetas/Céntimos). Rows include Suma anterior, D. Casto Labandera, D. Francisco de Castro, D. Luis Carbonell (Jativa), and Suma y sigue.

Anuncios

ALMANAQUE AMERICANO DE LA Franc-Masoneria para 1885. Escrito por R. L. C. (Sertorio) m.º. m.º. de la Log.º. Illumum, núm. 165 (Hellen). Contiene efemérides, anécdotas, biografías, máximas, cronología, párrafos históricos, etc., relativos a la orden. Está autorizado por el Gr.º. Or.º. de España, y se vende al precio de 4 reales. Los pedidos se dirigirán a don Eduardo Guy, Paz, 4, Valencia.

LOS PADRES QUE QUIERAN APROVECHAR los conocimientos de una joven insituitiz y maestra, para la enseñanza de sus hijas, dirijan a esta redaccion en la seguridad de que quedarán completamente satisfechos por las condiciones de inteligencia y bondad de la joven profesora. Lo garantizamos.

UN FUNCIONARIO PÚBLICO, JÓVEN, que mantiene a sus ancianos padres, desea encontrar algun trabajo en una casa de comercio ó de un particular, como auxiliar de contabilidad ó escribiente. Tiene libras las horas de seis de la tarde a diez de la mañana. Preparará sus servicios en las condiciones más económicas; su objeto es servir de ayuda a su familia.

En esta Administración se dará razon de las señas del domicilio del interesado.